colonias y de China). En la guerra venidera —escriben— uno de los participantes será seguramente la U.R.S.S., magnitud mucho mayor que Serbia. Al leer estas líneas, se tiende a deducir que los siguientes razonamientos de los autores de la carta girarán precísamente en torno a la participación de la U.R.S.S. en la guerra. Pero se desprenden pronto de esa idea, o, para decirlo más correctamente, es relegada al fondo por otra, a saber, la amenaza mundial del fascismo. La reacción monárquica, declaran, no fué en la última guerra de un carácter histórico agresivo; era mas bien una sobrevivencia, mientras que el fascismo de hoy representa una amenaza directa e inmediata a todo el mundo civilizado. La lucha es, pues, tarea del proletariado internacional en conjunto, así en paz como en guerra. Es muy natural que nos volvamos suspicazmente cautos: semejantes angostamiento de las tareas revolucionarias —reemplazar el imperialismo por uno de sus disfraces políticos, el fascismo— es una concesión declarada a la Komintern, una indulgencia patente para con los socialpatriotas de los países "democráticos".

Establezcamos ante todo que los dos nuevos factores históricos que dictan al parecer un cambio de política en tiempo de guerra —es decir, la U.R.S.S., y el fascismo— no deben necesariamente operar en una y la misma dirección. No está en absoluto excluída la posibilidad de que Stalin y Hitler, o Stalin y Mussolini, se encuentren en el mismo campo durante la guerra, o, en todo caso, que Stalin compre una breve, inestable neutralidad, al precio de un acuerdo con los gobiernos fascistas, o con uno de ellos. Por razones desconocidas esta variante falta por completo del campo visual de nuestros autores. Con todo, declaran justamente que nuestra posición de principios debe armarnos para cualquier variante posible.

Sin embargo, como ya hemos dicho, el problema de la U.R.S S., no desempeña ningún papel real en todo el curso del razonamiento de nuestros camaradas palestinos. Concentran su atención sobre el fascismo, como amenaza inmediata para la clase obrera mundial y las nacionalidades oprimidas. Sostienen que la política "derrotista" no es aplicable en aquellos países que estén en la guerra con los fascistas. Este razonamiento ultra-simplifica de nuevo el problema, por cuanto pinta el caso como si los países fascistas fueran a hallarse necesariamente en un lado de las trincheras y en el otro los democráticos o semidemocráticos. En realidad, nada absolutamente garantiza éste agrupamiento "convenenciero". Italia y Alemania pueden, en la próxima, como en la pasada guerra, hallarse en campos opuestos. No está excluído en modo alguno. ¿Qué haremos en éste caso? Se acumulan en verdad dificultades crecientes para clasificar a los países según rasgos puramente políticos: ¿En donde catalogaríamos a Polonia, Rumania, la actual Checoeslovaquia y otras numerosas potencias de segunda y tercera categoría?

La tendencia principal de los autores del documento parece ser la siguiente: sostener que el "derrotismo" es obligatorio para los principales países fascistas, (Alemania, Italia) mientras que es necesario renunciar a él incluso en los países de dudosas virtudes democráticas que estén en guerra con los principales países fascistas. Así puede enunciarse aproximadamente la idea principal del documento. Incluso en esta forma sigue siendo falsa y es un desliz hacia el socialpatriotismo.

Recordemos que todos los líderes de la socialdemocracia alemana en la emigración, son "derrotistas" a su modo. Hitler les ha privado de sus fuentes de ingreso e influencia. La naturaleza progresiva de ese derrotismo "democrático", "anti-fascista", es exactamente cero. No está ligado a la lucha del movimiento revolucionario, sino a las mustias esperanzas del papel liberador de Francia o algún otro imperialismo. Los autores del documento, sin duda contra su propia voluntad, han dado, ¡ay!, un paso en ésta misma dirección.

En primer lugar, creemos que ofrecen una definición demasiado nebulosa, y sobre todo muy equívoca, del "derrotismo", como de un sistema de acciones, especial e independiente, apuntado a causar la derrota. No es eso. Derrotismo es una política proletaria que incluso durante la guerra ve el principal enemigo en casa, dentro de su particular país imperialista. Patriotismo, por otra parte, es la política que sitúa el principal enemigo fuera del propio país. La idea del derrotismo significa en realidad lo siguiente: llevar una lucha revolucionaria irreconciliable contra su propia burguesía, como el principal enemigo, sin asustarse por el hecho de que pueda resultar de esta lucha la derrota de su propio gobierno; **dado un movimiento revolucionario,** la derrota del propio gobierno es un **mal menor.** Lenin no dijo ni quiso decir otra cosa. No puede hablarse siquiera de ninguna otra clase de "ayuda" a la derrota. ¿Debe renunciarse al derrotismo revolucionario en los países no fascistas? Ahí está el nudo de la cuestión; en torno a él se mantiene o cae el internacionalismo revolucionario.

Por ejemplo, ¿deben los 360.000.000 de hindús abandonar cualquier intento de utilizar la guerra para su propia liberación? El alzamiento de los hindús en medio de la guerra, ayudaría indudablemente mucho a la derrota de la Gran Bretaña. Mas aún, en caso de un alzamiento hindú (pese a todas las "tesis") ¿deben apoyarlo los obreros ingleses? O por el contrario, ¿tienen la obligación de pacificar a los hindús, y adormecerlos en aras de la lucha victoriosa del imperialismo británico "contra el fascismo"? ¿Cuál es nuestro camino?

"La victoria sobre Alemania e Italia es actualmente (mañana la cosa puede ser diferente) tanto como la deposición del fascismo". Choca ante todo a la atención el atenuante "actualmente (mañana la cosa puede ser diferente)". Los autores no han aclarado lo que quisieron decir con ésto. Pero de todos modos sí han indicado que su posición es de carácter episódico, inestable e incierto, incluso desde su propio punto de vista. No han considerado bastante el hecho de que en la época del capitalismo decadente ocurren súbita y frecuentemente trueques parciales o totales de los regímenes políticos, sin alterar los cimientos sociales ni atajar el declinamiento capitalista. ¿En cual de estos procesos debe basarse nuestra política frente a un problema tan fundamental como la guerra; en la mutación de los regímenes políticos o en los cimientos sociales del imperialismo, común a todos los regímenes políticos que les une infaliblemente contra el proletariado revolucionario? La cuestión estratégica fundamental es nuestra actitud frente a la guerra, la que es impermisible subordinar a consideraciones y especulaciones tácticas, episódicas.

Pero incluso desde el ángulo puramente episódico, la mencionada idea del documento es incorrecta. Una victoria sobre los ejércitos de Hitler y Mussolini sólo implica por sí misma la derrota militar de Alemania e Italia, en manera alguna el colapso del fascismo. Nuestros autores admiten que el fascismo es un producto inevitable del capitalismo decadente, por cuanto el proletariado no reemplazó a tiempo a la democracia burguesa. ¿Cómo, justamente, podría la victoria militar de las decadentes democracias sobre Alemania e Italia liquidar el fascismo, incluso para un período limitado? Si hubiera base para creer que una nueva victoria de la conocida y un tanto senil Entente (menos Italia), puede producir tan milagroso resultado cual es reversar las leyes histórico-sociales, entonces no sólo habría que "desear" esa victoria, sino hacer todos nuestros posibles para alcanzarla. Entonces los social-patriotas anglo-franceses estarían en lo justo. Pero es un hecho que están mucho más lejos de los justo hoy que